

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
Un largo romance

Autor/es:
Torres, Sara

Citar como:
Torres, S. (1990). Un largo romance. Nosferatu. Revista de cine. (3):22-25.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/40754>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:





Un largo romance
Sara TORRES

Años atrás, Jean Cocteau escribió en su obra *“Le Potomak”*: *“El amor es un inefable desastre”*. Todavía no había conocido a Jean Marais. Desde su encuentro en 1937 constituyeron una pareja de amor-amistad, que duró incluso más allá de la muerte del poeta. Sus vidas estuvieron unidas íntimamente durante más de veinticinco años; aunque se alejaron de vez en cuando, en realidad jamás se separaron. Por lo tanto, al hablar de Cocteau es casi inevitable referirse a Jean Marais, y a la inversa todavía más. Generoso y entusiasta amigo de los jóvenes, no siempre Jean Cocteau fue correspondido con agradecimiento. Suele pasar que el chico, una vez asentado en el mundo artístico o profesional, con unos años más y cierto afán de independencia, se vuelva contra su antiguo protector con algo parecido al rencor. No fue este el caso de Jean Marais respecto a Cocteau. La foto más emotiva del entierro del poeta muestra la fosa abierta y junto a ella a un hombre maduro, elegantemente trajeado, que lanza una última mirada de dolorida ternura. En su autobiografía, escrita doce años más tarde, Jean Marais anotó refiriéndose a ese momento: *“Jean, no lloro. Voy a dormirme mirándote y a morir, porque a partir de ahora sólo fingiré vivir”*.



Dibujo de Cocteau (1937 ó 1938) en el que aparecen sus amigos Marcel Khill, dos perfiles de Jean Marais y un tercer personaje, posiblemente Roger Lannes (Colección de Edouard Dermit).

Jean Marais nació el once de diciembre de 1913 en Cherbourg. De pequeño vivió con su madre, que le mimaba y le consentía todos los caprichos. Desde niño fue particularmente hermoso, ofreciendo, según luego dijo Cocteau, *“todas las características de esos hiperbóreos de ojos azules de los que habla la mitología griega”*. La madre, también muy bella, tenía vocación de actriz: a veces se acercaba a su hijo disfrazada de mendiga pidiéndole una limosna y estallaba en risas al no ser reconocida. Jean empieza a trabajar como ayudante de fotógrafo y pintor que copiaba postales. Después desempeñó pequeños papeles secundarios hasta encontrar a Charles Dullin, su verdadero maestro de interpretación. En 1937 otros jóvenes actores se dirigen a Jean Marais para pedirle que se incorpore con ellos al *“Edipo Rey”*, de Jean Cocteau. El día de la prueba, Cocteau está tan lleno de opio (por entonces fumaba hasta sesenta pipas diarias) que no puede terminar la lectura de la obra. Pero concede el papel de protagonista a Jean Marais. Los otros compañeros no tomaron bien esta preferencia y el poeta tuvo luego que arreglar las cosas concediendo el papel de Edipo a un joven más experimentado y relegando a su futuro amante al coro. Sin embargo, el flechazo del artista hacia el *“Antinoo plebeyo”* (como le llamó Ernst Jünger) ya era definitivo. Cocteau tenía cuarenta y ocho años y Marais veinticuatro. El efebo no sentía de momento tanto amor por el prestigioso escritor como respeto, admiración y halago. Sin embargo, el amor vino luego, y con altibajos hasta el final.



El bello Jean Marais caracterizado como la Bestia enamorada



Foto de rodaje de **El águila de dos cabezas**, en la que aparecen Marais, Cocteau y Edwige Feuillère.

A partir de entonces, Cocteau se hará acompañar con júbilo a todas partes por el joven. Escribirá para él *“Les parents terribles”*, *“La máquina de escribir”*, *“Remand et Armide”*, *“El eterno retorno”* (en el que alcanzará su mayor éxito), *“El águila de dos cabezas”*, y le hizo protagonista de todas las películas que realizó, empezando por la más hermosa de todas, la más inolvidable: **La Bella y la Bestia**; aunque hay que decir que la preferida de Jean Marais es **El testamento de Orfeo**, un film autobiográfico. Pero no todo lo que le escribió fueron obras cara al público. Cotidianamente le deslizaba por debajo de la puerta pequeños poemas de amoroso ingenio: *“Eres mi única obra maestra y ya no trabajaré jamás más que para ti, en película y teatro, para permitirte resplandecer y vivir tu gloria. Ayúdame a ser santo, a ser digno de ti y de mí. No vivo más que por ti”*. *“Lo que yo quisiera es que nuestro amor sea continuamente excesivo. Semejante a las obras. Siempre puntero, en escándalo y en fuerza”*. *“Cada vez me acostumbro menos a abandonarte y todos los minutos que paso lejos de ti me parecen tiempo perdido”*. Sin embargo, en 1947 cuando acababan de comprar juntos la casa de Milly-la Forêt, imaginada como un nido de amor semi-eterno, Jean Cocteau conoce al jovencísimo Edouard Dermitt, y una nueva pasión se despierta en él. Entonces ya Marais tenía treinta y cuatro años y Cocteau descubría por experiencia propia la dolorosa verdad de que el amor es eterno pero el amado envejece. La atracción, la necesidad que el cuerpo del poeta sentía por la juventud y la belleza eran mucho más fuertes que los deseos de estabilidad y orden. Todavía les quedaba mucho camino afectivo que recorrer juntos, pero mediado por largas separaciones y cada vez más intensamente amistoso y menos erótico. También Jean Marais, a su vez, tuvo otros amores y desplegó su vida lejos de la sombra de Cocteau. Pero ninguno de los dos, en el fondo, hubiera probablemente rechazado aquella oración casi heroica con la que acaba Jaime Gil de Biedma su poema más célebre, oración

*“para pedir la fuerza de poder vivir
sin belleza, sin fuerza y sin deseo,
mientras seguimos juntos
hasta morir en paz, los dos,
como dicen que mueren los que han amado mucho”*.